

bíblica, encontrar en varios pasajes del Nuevo y el Antiguo Testamento profecías, figuras y alusiones “jacobeanas” (un asunto éste al que se dedica especial atención en la presente investigación).

De este opúsculo de Roa Dávila (“claramente patriótico”) existen dos versiones y el prefacio de una tercera que no llegó a redactar. Y son la segunda de éstas redacciones, la más completa, y el prólogo a la tercera (manuscrito reginense latino, núm.472, Biblioteca Vaticana) lo que nos proporciona esta publicación; una aportación sumamente interesante dentro de la bibliografía, nunca suficiente, sobre el camino de Santiago y las peregrinaciones jacobeanas, “el acontecimiento más importante en la configuración de la Europa medieval cristiana y actual”.

Ignacio VERDÚ

AZAOLA, José Miguel de: *Unamuno y sus guerras civiles*. Bilbao, Laga, 1996, 191 pp.

Aunque este libro se compone de “dispersos trabajos”, como explica el autor mismo en el prólogo, conserva una relativa unidad gracias a los retoques introducidos para esta edición, retoques que le proporcionan también mayor actualidad.

El tema central es el que indica el título, las guerras civiles, comenzando por la que Unamuno vivió de niño, la segunda guerra carlista, y terminando por la guerra civil de 1936. Por lo que se refiere a la primera, Azaola señala con razón que Unamuno idealizó en exceso esa guerra carlista. El hecho de haberla vivido como niño que jugó y se divirtió con los cascotes de los obuses caídos sobre Bilbao habría contribuido a que Unamuno tendiera a presentar en tono rosa, y no con fondo negro, sus referencias a esa guerra, referencias que, por lo reiteradas, demuestran haber sido una vivencia central del Unamuno niño. Por algo trabajó con tanta minucia, durante más de 10 años, para novelarla en *Paz en la guerra*.

Quizá donde más se nota que el libro es producto de trabajos que necesitarían una mayor actualización es en capítulos como el 3, “Bilbao y el mar en la vida y en la obra de Unamuno”. Aquí analiza Azaola la importancia de Bilbao en la formación del autor bilbaíno, aspecto, por cierto, que es uno de los más deficientes en la biografía de Unamuno escrita por Salcedo (que sigue siendo, de todos modos, la mejor). Hoy conocemos mucho más de la vida y la obra de Unamuno en Bilbao gracias a trabajos como los de José Antonio Ereño Altuna y los de Jon Juaristi, por nombrar sólo los que se refieren al interés y participación de Unamuno en los asuntos políticos y lingüísticos de su tierra natal.

En cuanto a la última guerra civil, la del 36, Azaola muestra haber revisado más detenida y minuciosamente su trabajo, que es el más elaborado de este libro. Naturalmente, aun a la distancia a que estamos de esa guerra, el asunto sigue echan-

do chispas y es muy difícil desenmarañar totalmente acontecimientos como la actuación de Unamuno en la famosa fiesta de la Raza del 12 de octubre de 1936, fiesta en la que presidió los actos oficiales celebrados por el gobierno de los generales rebeldes en la Universidad de Salamanca. Azaola aporta detalles de verdadero interés para la reconstrucción aproximada del acto, o más exactamente, para corregir las reconstrucciones que se han hecho hasta el presente.

Dejando ahora el acto de esa fiesta y la intervención de Unamuno, en la que puso claramente de manifiesto que no estaba con el gobierno militar, llama la atención que Azaola tenga tantas dudas acerca de cuándo y quién comenzó la guerra civil. Parece no estar dispuesto a admitir que fueron los generales golpistas quienes la iniciaron. A lo mejor hay que revisar las fechas que la historiografía ha consagrado y no hay que hablar de la guerra de 1936-39, sino, por ejemplo, situarla entre 1930 y 1939.

Sea de ello lo que fuere, Unamuno se adhirió inmediatamente a los golpistas. Azaola intenta explicar lo inexplicable: que Unamuno, que tanto había despotricado contra el militarismo, se adhiriera ahora al golpe de los militares. La hipótesis que, sin mucha convicción lanza Azaola, según la cual el miedo pudo desempeñar un papel en la conducta del anciano catedrático de Salamanca, es poco verosímil si se tiene en cuenta la actitud de Unamuno en su vida entera, actitud que ofrece tantos ejemplos de valentía y de escasa consideración de las consecuencias que sobre su persona pudiera tener el decir lo que pensaba y obrar conforme a ello. La moral de Unamuno tiene justamente ahí uno de sus principios básicos. Mejor encaminado va, en cambio, al afirmar que “nunca había sido Unamuno menos izquierdista que en julio de 1936” (p.118). La adhesión de Unamuno a los golpistas en 1936 no es un traspies cualquiera. Es algo que, a pesar de los esfuerzos de Azaola por hacerlo comprensible, necesita sin duda otras claves.

El libro termina con cuatro apéndices que van de las páginas 121 a la 191: “Declaraciones de unamuno a Jérôme Tharaud en noviembre o diciembre de 1936”, “Correspondencia entre Unamuno, Mari Garelli y Lorenzo Giusso en noviembre de 1936”, “Dos cartas de Unamuno a Quintín de Torre en diciembre de 1936”, “El 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca” y “Reproducción fotográfica de las páginas de *El Adelanto*, de Salamanca, correspondientes a su edición del 13 de octubre de 1936”.

Pedro RIBAS

NUÑEZ, Diego y RIBAS, Pedro (ed.): *Unamuno socialista. Artículos recuperados (1886-1928)*. Granada, de Guante Blanco/Comares, 1997, 536 pp.

Con bastante frecuencia los escritores e intelectuales españoles ha sido sometidos a uno de estos dos modelos de interpretación: bien a través de su homologación